



El Rosario – la oración predilecta de María

28



“¡Ama a la Inmaculada! Confía en Ella y conságrate a Ella sin reservas. Esfuérzate por hacer lo que Ella haría en tu lugar, especialmente amando a Dios como Ella lo ama.”

—San Maximiliano Kolbe

De 1932 a 2007

El sacerdote Nicholas Kao Se-Tsien, el hombre más longevo de Hong Kong, quien rezó todos los días la corona completa del Rosario por la paz desde 1932, murió a la edad de 110 años.

El Padre Kao era miembro de la comunidad Trapense de Hong Kong y se cree que fue el sacerdote chino más longevo en el mundo. Su superior, Dom Anastasius Li, dijo que el Padre Kao murió en paz el 11 de Diciembre, habiéndose preparado bien para su último viaje.

Fue testigo de cambios turbulentos en China desde su nacimiento en 1897, en la provincia de Fujian, cuando el país era gobernado por la dinastía imperial Qing, la cual duró de 1644 a 1911. Fue bautizado en 1915, cuatro años después de que se fundó la República de China.

Ordenado sacerdote en 1933 para servir en la Catedral de Fuzhou, en la ciudad capital de la provincia de Fujian, el Padre Kao abandonó China continental en 1949 luego de que el partido comunista de Mao Tse Tung fundó la República Popular China y comenzó a perseguir a la Iglesia.

Sirvió en Taiwan, Malasia, Singapur y Tailandia, antes de unirse a la Comunidad Trapense en 1972. Hizo sus votos perpetuos en 1997 a la edad de 100 años. Tuvo una profunda devoción a la Santísima Virgen y edificó seis templos marianos.

El Padre Kao inició su cruzada por la paz del mundo en 1932, rezando diariamente los 15 misterios del Rosario. Cuando Juan Pablo II añadió los Misterios Luminosos en 2002, él incrementó igualmente su rosario y rezó cada día los 20 misterios hasta su muerte.

“En todo tiempo, confía, pueblo mío en el Señor. Cuéntale todas tus angustias, porque él es nuestro refugio.”

(Salmo 62,8)

Conversión obtenida a través del Rosario

Un santo sacerdote, el Padre Clement, fue llamado cerca de la media noche para escuchar la confesión de un joven duque que acababa de sufrir un ataque de apoplejía. Se apresuró a llegar a la casa, cuyos moradores estaban sumergidos en la confusión, mientras los médicos trataban en vano de hacer reaccionar al paciente en coma. La noche transcurrió en medio de la angustia.

Al amanecer, el sacerdote acudió a una iglesia a celebrar la Santa Misa en una capilla dedicada a la Santísima Virgen. Justo cuando terminó la Misa, se le acercó un sirviente para decirle que su amo había recobrado la consciencia. Cuánto se alegró el sacerdote, al encontrar al joven -tristemente famoso por su vida disipada- penetrado por un hondo sentimiento de contrición, suplicando la misericordia de Dios más con sus lágrimas que con sus palabras, ofreciendo su vida en expiación de sus pecados.

Fue con esta disposición que el enfermo se confesó y pidió el Viático. El confesor, impresionado, preguntó al penitente qué habría motivado a Nuestro Señor para realizar en su favor tan grande prodigio de misericordia. “Ay, Padre,” replicó el enfermo con la voz entrecortada, “¿qué más podría haber influido en Jesús sino la misericordia misma obtenida por sus oraciones y quizá por las de mi madre ya fallecida.”

Esa buena señora, tenida en alta estima por todos a causa de su piedad, antes de morir llamó a su hijo único y le dijo: “Te dejo, hijo mío, un gran título y una gran propiedad, pero te exhorto a preservar más que esto el título de auténtico cristiano. ¡Cuántos peligros te acecharán en el futuro! En cuantos excesos seguramente te precipitará la gran fortuna que estás por recibir. Yo moriré pronto y no podré hacer nada para evitarlo... Te dejo bajo la protección de la Santísima Virgen. Le imploro que ocupe el lugar de Madre para ti. Hijo mío, si algún recuerdo guardarás de mí en lo que te reste de vida, si deseas mostrar algún signo de apego a tu madre que tanto te ama, prométeme que harás lo único que quiero pedirte; te costará muy poco: reza el Rosario cada día.”

“Yo le prometí que lo haría de todo corazón,” dijo el enfermo a su confesor, “y he rezado regularmente el Rosario. En estos últimos diez años fue mi único acto de piedad.” Al confesor no le cupo la menor duda de que fue la Madre de Dios quien le alcanzó la misericordia de Nuestro Señor. Así que exhortó al joven a redoblar su confianza en su sublime Benefactora y no lo abandonó hasta que exhaló su último suspiro.

El Rosario es también un itinerario de anuncio y de profundización, en el que el misterio de Cristo es presentado continuamente en los diversos aspectos de la experiencia cristiana. Es una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el Corazón de Cristo.

(Rosarium Virgins Mariae, n°17)